

La Mancha que vió Cervantes

DISCURSO QUE PRESENTA PARA SU INGRESO
EN EL INSTITUTO DE ESTUDIOS MANCHEGOS,
EL DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS,
D. FRANCISCO GARCIA PAVON

Ilustrísimos señores:

NO sé qué méritos habreis visto en mi humilde persona para llamarme a ocupar un lugar entre vosotros. Siempre consideré que no se era acreedor de ingresar en este Instituto de Estudios Manchegos hasta que en el haber del convocado, figurase una bibliografía amplia y sólida, entre cuyas páginas quedasen despejados importantes turbiones de la mucha ignorancia que todavía cubre nuestras cosas más entrañables. Creía yo, insisto, que para ocupar este sitio sería menester haber luchado muchos más años de los que yo tengo, por situar en su justa altura esta nuestra provincia y región, cenicienta de España, cenicienta de todas las atenciones de los hijos que la vivieron durante siglos y de los ajenos que la gobernaron durante otros tantos. Sin embargo, debía estar equivocado, cuando lla-

máis a quien, como yo, apenas ha salido del silbario literario, que no científico. Mi inclinación y gusto más tira hacia la expresión artística que hacia la documental y erudita; más hacia la gratuita elucubración literaria que la investigación y estudio pacientes.

Si por estudios no me llamais, menos considero que lo hagais por halagar mi vanidad. Ello sería no conocerme. Aunque la carne que cubre mis huesos, como la otra carne de mi espíritu, es flaca y fácilmente domeñable por los honores y consideraciones, aunque sean fuera de lugar, también es verdad que nada me encocora tanto como el recibir premios y atenciones por el hecho de amar a mi patria chica con toda la fuerza de mi corazón. Nunca me expliqué bien por qué se altiprecia el demostrado amor a la patria, como nadie puede explicarse que a alguien le pusieran medallas y cordones por amar a sus padres. Si me

habéis llamado aquí por mi acendrado mancheguismo... aunque sin ñoñeces —al menos así lo procuro— debíais llamar también a muchos miles más de hombres que yo conozco y que hicieron del destino de su Mancha algo cardinal en su vida; aunque no escriban, aunque no discursen, aunque nadie lo sepa, porque parodiando a Benavente «no supieron su amor expresar».

Yo, que, aunque escritor por vocación, soy historiador de la Literatura por profesión, sé muy bien cuán poco valen a los ojos de la posteridad, que son los que cuentan, los pergaminos, las medallas, las encomiendas y demás zarandajas, cuando no caen sobre pechos privilegiados por el logro de una obra conseguida y transcendente. Sé también de las carcajadas de la Historia ante los pobres peleles de otra hora, a quienes se quiso encumbrar sobre el carro del heno por el simple mérito de no haber hecho otra cosa que amar a su patria con mucho ruido de tambores y charangas.

Por eso, perdonad que os diga mis queridos benefactores, que llevo aquí con cierta melancolía. La melancolía que a mi espíritu da el saberme inmerecedor de esta distinción, en cuanto a lo literario, por lo flébil e inmaturo de mi obra, que no sé si madurará algún día, aunque en ello pongo lo mejor de mi sangre. En cuanto a mi mancheguismo, porque mucho me temo que lo hallais supervalorado, cuando realmente hasta hoy no he hecho otra cosa que cualquier bien nacido: es

decir, defender nuestro patrimonio espiritual con las pobres armas que me han sido dadas: la pluma leve, poco tiempo y mal distribuido, y nulo patrimonio. De una cosa solamente estoy orgulloso y voy a decirlo aquí públicamente por primera vez: de mi desinterés. Tal vez, por esto de andar siempre entre letras, nací suicidamente desinteresado en estos menesteres culturales y de patria chica. Jamás la codicia o el interés bastardo movió mi pluma para atacar o defender lo que yo creí menesteroso de la espada o de la rodela... Si es esta pequeña virtud la que habeis querido pagar llamándome entre vosotros, también errasteis en el blanco, ya que este proceder mío no es obra de voluntad y penitencia, sino fruto de naturaleza un poco inconsciente y bohemia.

De todas formas que Dios os pague vuestra buena intención, pero a condición de que no pongais en tela de juicio estas razones y procuréis darme siempre el peor y más embarazoso pretrecho, en la lucha por las reivindicaciones espirituales manchegas; que podeis estar seguros que nunca me vereis desfallecer por oscuros, deslucidos y faltos de perspectiva que sean los trabajos que me encomendéis. Tampoco me vereis pedir honores y recompensas vanidosas, pues yo no soy mancheguista por oficio o facilidad literaria, sino manchego de sangre muy vieja, con cien generaciones de manchegos sobre mis huesos y con la loca idea de poder elevar un día esta región a la altura que le merece su

nobleza, su oscuridad secular y su sordo trabajo heroico.

Estad también seguros de mi fidelidad incondicional, hasta la misma muerte, si fuera preciso, a quienes trabajan honesta y cordialmente por esta tierra, que es gloriosa parcela de España y puñado de prójimos ansiosos de justicia y bien.

Y ahora, en justo pago al error de haberme nombrado miembro de este Instituto, tened paciencia para oírme el discurso de rigor, desmañado e insípido, como mío.

LA MANCHA QUE VIO CERVANTES

Siempre he sentido miedo de acercarme a la primera novela de Cervantes con intenciones especulativas. Como escritor y como profesor de literatura, aunque ambas cosas en pequeño, el Quijote me ha inspirado una desasosegante superstición. Ante sus páginas, mi pobre humanidad creadora y crítica se amengua, dejándome holgura escasa para lo que no sea la lectura fervorosa que hincha las más celadas cámaras de mi alma y ensancha las más estrechas fibras de mi sensibilidad. Mi escasa condición de erudito y exégeta de textos clásicos, ante los escritos de Cervantes, renuncia a toda pirueta y postura personal. Ante ellos me incliné siempre como fanático, sin la menor concesión a toda quiebra heterodoxa y exagética. Para mí, cuanto se dice en el Quijote no merece sino amor; y amor es entrega sin lugar al análisis ni la discriminación. El amor es

estar bien no se sabe como, sin pensar ni rastrear silogismos; sin que esté abierta a la vida otra fisura que la del corazón. Por eso aplaudí en toda hora aquellos memorables versos del genio de la Hispanidad que fué Rubén Darío: «Soportas elogios, memorias, discursos —resistes certámenes, tarjetas, concursos— y teniendo a Orfeo, tienes orfeón...». Y, salvando las cosas que atañen a nuestra fé católica, soy incondicional discípulo de aquel otro prohombre de España, de la España de todos, que se llamó Don Miguel de Unamuno, entre otras razones inefables, por su redentorista doctrina quijotil, expuesta en su «Vida de Don Quijote y Sancho Panza», que manda rescatar el sepulcro de Don Quijote del poder de los bachilleres y barberos que lo detentan. O lo que es igual: del poder de tanto erudito de pluma parda y espigador de insulseces que andulean por los campos literarios, sacándole a cada nada flecos, glosas y arañales a la primera novela del mundo.

Pero como de humanos es el hacer lo que no se quiere, en no muy lejana ocasión me fué pedido por persona a quien yo no podía desobedecer, no por otra disciplina que la anchísima del corazón, que hablase de la Mancha que vió Cervantes. Y lo que entonces hice de forma provisional y esquemática, para mayor escarnio de mi antiguo propósito, aquí está multiplicado de noticias y enjugado de todo el circunstancialismo e improvisación que tuvo en aquella coyuntura poética de valoración mancheguista.

Realmente, este discurso, no debía titularse «La Mancha que vió Cervantes», sino «la Mancha que nos deja ver Cervantes en su Don Quijote». Pues está claro para su lector más superficial, que el mundo manchego no está presentado allí con deliberada intención de hacerlo un personaje más de la novela, como había de serlo después entre los naturalistas, que gustaban de que el pueblo, el paisaje e incluso el clima, tuvieran tal espacio y decisión en sus ficciones como los mismos personajes de carne y hueso. En los tiempos en que escribía Cervantes, al mundo novelable le sobraba con las mil fábulas y texturas a que puede dar lugar la escueta convivencia de los hombres, sin necesidad de recurrir, como luego, para dar mayor novedad a la obra, a la presencia condicionante de los contornos y escenarios que impusieron a la creación literaria el determinismo, el experimentalísimo, positivismo, y otras doctrinas filosóficas en moda durante el siglo XIX. Hasta entonces, en la pintura como en la literatura, el paisaje era un recurso, sin más intención que cubrir los blancos del lienzo o los entre-episodios de la novela, cuya auténtica fuerza y razón, residía exclusivamente en las figuras de primer término. Era aquel un arte de hombres sobrepuestos, con su libre albedrío y voluntad humana, al influjo de la naturaleza, de los pueblos, de las herencias biológicas y psíquicas, de los ambientes y demás determinantes. El hombre a solas, erguido con su problema entre la tierra y el cielo,

sin más presiones que las de pensar y sentir. Perdido ya aquel otro determinismo épico y pagano del *deus ex máchina*, el hombre deambula por las calzadas de la novela o el drama sin más ambientaciones e imponerables que los de Dios y su alma. Por todo ello, cuando vamos a buscar en las novelas antiguas los elementos telúricos y ambientales que tanto condicionan el clima de la novela moderna, nos quedamos con nada entre las manos.

Aunque yo no ignoraba este casi silencio de cuanto fuese ambiente en el Quijote, ya que además el mismo Cervantes lo confiesa cuando dice refiriéndose a la casa del Caballero del Verde Gabán: «Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de Don Diego, pintándonos en ella lo que contiene una casa de caballero labrador y rico, pero al traductor de esta historia le pareció pasar estas y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venían bien con el propósito de la historia, la cual más tiene su fuerza en la verdad que en las frías digresiones». Ante el hecho de que esta novela se desarrolla en la Mancha, de que el autor al encuadrar y hacer vivir sus personajes, pensase en nuestra tierra aunque solo fuese como convencional enmarcación, me pareció interesante el rastrear con minuciosidad cuanto de la Mancha haya, expreso o sobreentendido, en el Quijote. No se me oculta que entre la infinita bibliografía que asedia a Cervantes y a su obra, existen varios trabajos cuyo objetivo fué estudiar algo que genéricamente po-

dría llamarse: «la Mancha en tiempos de Cervantes»; pero casi todos los escritos de esta intención que llegaron a mis manos, más que hurgar directamente en los textos del propio Cervantes para sorprender referencias, procuraron buscar por los caminos más fáciles de la erudición de segunda mano, explayándose en transcribir relaciones topográficas, aranceles y padrones, que si en lo objetivo y general daban una visión histórica bastante exacta de la Mancha del siglo XVII, en cambio de la Mancha que vió Cervantes... y que muy bien pudiera no ser sino una visión muy parcial de la Mancha de entonces, cuando no una Mancha soñada o entrevista, de esta Mancha —repetimos— los dichos eruditos, que yo sepa, poco o nada nos han dicho. Y, al menos para mí si alguna Mancha de aquella época puede tener interés, antes que la fría relación burocrática del dato y la estadística, prefiero la que nos deja entrever un novelista, cuando este es nada menos que Miguel de Cervantes. Pues como siempre, poca cosa sería la historia oficial, ceñida al dato, al suceso político y al resumen de esenciales, sin el halo y oro de esa historia menor, pero más vital, de esa historia no historiada o historificada que es la versión que del ambiente particular y de lo mínimo de una época da el escritor en sus narraciones y el pintor en sus lienzos. Por todo lo dicho y en resumen y conjugación de los aparentes opuestos, consideré, que, aunque poco diga o entrediga Cervantes del área geográfica humana en

que situó su obra maestra, más nos valdrá rebuscárselo y ponerlo con corde, que no aquellas citas trabajosas, cuyo camino fué la tangente hacia la erudición aneja al tema, hacia la erudición desvitalizada del documento oficial.

RAZONES DEL MANCHEGUISMO DE DON QUIJOTE

Miguel de Cervantes ubica la acción de su fábula en una zona geográfica bastante delimitada: la Mancha, y más concretamente la Mancha ciudarealeña. ¿Por qué fué precisamente la Mancha el lugar escogido para su acción novelesca? Para esto hay una respuesta legendaria, que los eruditos de más autoridad no nos permiten aceptar hoy por hoy. Me refiero a la tesis de que Cervantes escribió el Quijote con el fin de caricaturizar a determinado personaje manchego. Yo, aunque no con profundidad, he intentado deducir el motivo de esta predilección manchega; y sin vanas pretensiones de dogmatismo, voy a exponer aquí mi punto de vista sobre este asunto que no es, para nosotros, del todo intrascendente.

No creo que Cervantes conociese la Mancha mejor que otra región de España, para justificar con ello su elección. Mejor conocía Valladolid, ciertos pueblos y capitales de Andalucía, Madrid, Argel, etc. El hecho de que se casase en Esquivias e incluso viviese allí no es argumento suficiente para que ese conocimiento se dilatase hasta la Mancha de Ciudad Real —que no la de Tole-

do— mejor que a otras regiones de España. Por ello, no me parece demasiado dogmatismo el deshechar la idea de que Cervantes prefirió la Mancha por serle tierra más conocida... Y al no ser esta la causa, que casi siempre condiciona, en los escritores su elección geográfica, habrá que pensar en otras razones, en otra conveniencia. Posiblemente Cervantes no eligió la tierra que más conocía, sino la que más convenía a la textura y condición de su protagonista.

A ningún autor de auténticos libros de caballerías se le habría ocurrido situar a su héroe en una tierra monótona, apacible y civil, como a ningún autor de las actuales novelas policíacas se le ocurriría acercar a sus hombres del F.B.I. en un villorrio de labrantines pacíficos. El libro de caballería requería topografía propicia para toda clase de aventuras; variedad de personajes: monstruos, gigantes, ejércitos, reyes, princesas, etc. Al igual que el moderno detective precisa de grandes urbes propicias al vicio, al crimen, al abigarramiento social. Cervantes, al pretender que su Don Quijote sea un caballero andante desplazado de toda oportunidad: del tiempo, por anacrónico; de la razón, por la locura; y de la heroicidad por falta de grandes aventuras, era lógico, que, al tener que elegir los parajes menos ricos en excentricidades, en cosas peregrinas, en princesas, reyes, emperadores y demás elementos de la tramoya auténticamente caballeresca, prefiriese para su novela un lugar como la Mancha, tierra entonces

y ahora de panllevar, más abundante en rústicos labriegos, en sencillos aldeanos y en vida rutinaria, que en cualquier linaje de criaturas de quimera y excepción. Buen abono de esta razón lo es, a mi entender, el que ni por una sola vez haga alusión a cuanto de auténticamente heroico había o quedaba en la Mancha del siglo XVII. Para nada se habla en el Quijote de los muchos castillos grandes y famosos que hay en la Mancha; sí, de ventas desvencijadas y archipobres. Para nada de calatravos, sanjuanistas, santiaguistas de honrosa ejecutoria otrora; y sí, de villanos, arrieros, pastores y destripaterrones... De igual manera que a Cervantes no le interesa que su protagonista se encuentre con el castillo auténtico, ni con las princesas de verdad, ni con caballeros probados, menos le había de interesar hacerle recorrer tierras propicias a cuanto pedía el alzado deseo de Don Quijote. El juego de Cervantes en esta novela es eludir, mejor escamotear a los ojos de su héroe cuanto fuese hechura de sus sueños, para enfrentarle en cada ocasión con la realidad más opuesta. Esta será la ecuación: castillo —venta, gigante—molino, princesa —labradora, yelmo— bacía, etc. Todo el juego de la novela, sobre todo en su primera parte, reside en el «quid pro quo» de la realidad vil por la brillante evocación.

De todas las tierras que frecuentó Cervantes, probablemente no halló otra más antiheroica, más monótona y rústica que la Mancha, tan

esencialmente labrantina entonces y ahora y tan distante —por su posición de paso entre la Corte y la popular Andalucía— de todo nudo vital de la península.

El hecho de que Cervantes titulase su obra «Don Quijote de la Mancha» suponía ya bastante caricatura de lo que solían ser los rimbombantes títulos de las novelas de caballería, por lo exótico de los topónimos que solían acompañar en el título al nombre del caballero. Recuérdese: «Lisuarte de Grecia», «Florisel de Niquea», «Amadís de Gaula», etc. Entonces, tan acostumbrados a esta quimérica geografía, debía resultar enormemente chistoso el que un héroe, un caballero andante, llevase por sobre-nombre el de una tierra nada famosa por sus hechos fantásticos, como era la Mancha, y con unos habitantes nada épicos, como sus labrantines y aldeanos. Nótese, además, que este hacer a los infra-héroes naturales de tierras modestas y hasta chuscas, es un procedimiento muy repetido en la historia literaria: «Tartarín de Tarascón», «Fray Gerundio de Campazas», «Guzmán de Alfarache», «Inesilla la de Pinto», etc.

En resumen, no me cabe demasiada duda, hasta que venga algún prodigioso documento a demostrarnos otra cosa, de que Cervantes eligió la Mancha como escenario de su novela por pura broma, por parodia, por el concepto tan antiaventurero que de ella entonces debía tenerse. Igual podía haber elegido, con iguales efectos y por causa similar, la Alcarria, Lagartera o el

Ampurdán, si hubiese tenido más puntual noticia de estas tierras.

LA MANCHA ANDANTE

Don Quijote, según su propio creador, era «el que había de caminar toda su vida hasta el paradero de la muerte». Por su adoptada profesión, el menester más urgente de Don Quijote fué andar sin descanso por los caminos que eligiese Rocinante en busca de sus aventuras, que casi siempre serían «de encrucijadas y no de ínsulas». Este incesante viajar del protagonista de la novela, va a condicionar que la visión que de la Mancha nos da don Miguel, sea andante y caminera; algo así como una relación de viajes arbitrarios, con itinerarios, trazados desde una mesa de escritor, a bastantes leguas de la Mancha, y no contra reloj y cintas métricas, como pretenden con tanta obstinación los mil hacedores de itinerarios y rutas que desde tres siglos a esta parte les salieron al asendreado libro de Cervantes.

De cierta manera, el Quijote es un libro de viajes, no solo por el menester andariego del protagonista, sino también, porque esta visión andante estaba muy de acuerdo con el modo que Cervantes había tenido de conocer nuestra región y gran parte del centro y sur de España, por su condición de agente del fisco o comisario y proveedor de las galeras del rey. La misión de Cervantes, como la de los recaudadores de hoy, era ir de pueblo en pueblo, de venta en venta, por veredas

y encrucijadas, por caminos reales y villanos, sin más detenimiento en cada lugar que el preciso para ordeñar las bolsas y los graneros del contribuyente, como se dice hoy. Por ello, Cervantes, supo más del pasar por la Mancha que del parar en ella, conoció mejor el tráfico de los caminos y de las estaderías manchegas que el remansado vivir de sus pueblos y vecinos. De ahí que la Mancha que aparece en el Quijote, por la condición andariega de éste, así como la de su creador, sea una Mancha especialmente extraurbana, Mancha de bardas afuera: la Mancha que recordaba Cervantes pegada al camino real que unía el corazón de Castilla con Andalucía. De suerte, que aquí, una vez más, se repite el extraño destino de nuestra región. Ese destino geográfico que nos la hizo tierra eclética o híbrida de universales características, al estar situada entre regiones de tanta personalidad como Castilla, Levante y Andalucía. Tierra de paso entre el corazón de España y la Andalucía de los griegos, de los latinos, de los califas, y puerta de las Indias al fin.

Este destino geográfico de puente que le cupo a nuestra región y que aquí extracto —ya lo estudié con detalle en otra ocasión— originó, por carambola, nuestro destino histórico de tierra de naciente, de liza para las cabalgatas de moros que subían y cristianos que bajaban, codiciosos de los rotundos objetivos agarenos del sur y los cristianos del norte de Castilla, respectivamente. Sí, esta Mancha, siempre camino en

la geografía y en la historia, y todavía hoy para el turismo, cobra ejecutoria literaria universal al cristalizar en la novela de Cervantes, que, como quedó dicho, nos habla de una Mancha vista a uña de caballo cuando no a ancas de mula; de venta en venta, en insistentes viajes de Despeñaperros arriba y de Puerto Lápice abajo.

Asentada esta andante condición de la novela cervantina, veamos lo que en sus andanzas nos deja ver su autor.

PAISAJE

El paisaje manchego que nos deja entrever Cervantes en su novela, dista mucho del que hoy caracteriza a nuestra región. La Mancha en el siglo XVII, vive todavía, casi exclusivamente de la ganadería. La explotación de la agricultura estaba reducida a las necesidades de los menguados pueblos. Lo que hoy son viñedos y sembrados, era entonces monte espeso y pasto natural para los ganados. Por ello, casi siempre que Cervantes hace alguna alusión al paisaje está referida a bosques y matorrales. La mayor parte de la gente campera que encuentra Don Quijote son pastores, ya sean idilícos como Marcela y Crisóstomo, ya reales como los cabreros a quienes endilgó Don Quijote su discurso sobre la Edad de Oro, o como aquellos otros que dieron requesones a Sancho. Por eso vemos aparecer con tanta frecuencia el queso en las páginas de esta novela. Queso tierno y turgente como la carne viva, que guardan los pastores entre pieles o

el queso duro, como mendrugo amarillo-grisantón y tapizado de pelusas y arena, que siempre queda en la alforja de Sancho como última reserva. El gañán y la labradora, las escasas veces que aparecen es en los cascajales de los poblados, ya que las sembraduras y viñedos no iban más allá de las lindes del pueblo.

En el Quijote el paisaje es comúnmente un camino terragoso entre bosques tupidos o montes bajos que no dejaban ver la desembarazada llanura que hoy es la más característica faz del paisaje manchego. Las casitas blancas, como palomas gigantes que entre los viñedos y sembrados son en nuestros días, referencias muy cualificadas de nuestro panorama campestre, no existían entonces. Los manchegos de nuestra Edad de Oro apenas pasaban de intuir la llanura sobre la que pisaban y desde luego desconocían las posibilidades del horizonte, franco a los ojos, que hoy es la cúspide estética de nuestro paisaje. Pues en nuestra región, hoy, cosa paradójica al domeñar la naturaleza, mejoramos su faz y esclarecimos la verdad de Dios, que más está en la factura del suelo que no muda, que en el vegetal que puede ser manibrado por el hombre... Estos pueblos nuestros de hogaño, tan anchos y grandes, que se columbran desde distancias enormes, extendidos sobre la llanura como pañuelos caídos, tampoco existían entonces. Y, si hubieran existido, habrían carecido de la visual amplia que les quitaba el telón del olmo y la hojarasca. En sus caminatas, Don Quijote

te topa con villorrios negruzcos y acosados por las carrascas hasta los bardales. Casi todos estos nuestros grandes pueblos de hoy, no eran antaño más que un montoncico de casitas renegridas, haciéndole corro a una iglesia, cuando no a un pozo, principio germinal de tantos pueblos hincados en la reseca tierra manchega.

De lo que hoy es nuestra riqueza... o pobreza, viñas y cereales, ¿qué había y cuánto en la Mancha de antaño, en la Mancha que nos enseña Cervantes?

Vino ya había; y de él se nos habla mucho en la novela grande de Cervantes. Sin embargo, la viña no la encontramos con frecuencia: hay casi que suponerla por conjeturas. Pero cuando el vino andaba tan a mano de pastores y rastrapajas, no cabe duda que viña había, aunque no en las abrumadoras cantidades que ahora.

Ya en las primeras líneas de la novela, Cervantes, al describirnos al mozo de campo y plaza que tenía Don Quijote y que por cierto no vuelve a aparecer en el decurso del escrito, nos dice que «lo mismo ensillaba el rocín que empuñaba la poadadera». Otro testimonio de que viñas había es el hecho de que sus paisanos criticaran a Don Quijote —al decir del ama— el que se hiciese caballero, no teniendo más que «cuatro cepas y dos yugadas de tierra».

Que nuestros vinos eran ya famosos lo certifican variados testimonios quijótiles y no quijótiles; entre estos últimos, baste la reconocida

referencia que hace Lope de Vega en «El galán de la Membrilla»; o aquella otra noticia bien sabida de que en los tiempos de los últimos Austrias era manchego el vino de la mesa real. En cuanto a este punto, Sancho Panza descubre por su bondad, que el vino que llevaba en su bota Tomé Cecial era de Ciudad Real mismo. Y Don Quijote dice que el Caballero del Verde Gabán tenía la bodega en el patio, bien guarnecida de tinajas de El Toboso, que entonces eran las mejores, según parece.

Por lo que se refiere a los cereales, debían estar también muy menudaos en esta comarca y sus siembras muy circunscritas a las proximidades de los pueblos. No ocurría como ahora que los pegujales estuviesen situados en términos ajenos y a muchas leguas del pueblo.

Visto, aunque de manera somera cuál era la estructura de nuestro paisaje entonces, a través del Quijote: monte, bosque, caminos terragosos, villorios y muy escaso viñedo y sembradura, veamos a continuación qué clase de humanidad solía hallarse por estos caminos y entre estos boscajes.

LOS PUEBLOS

Cuando Cervantes, siguiendo el criterio estético de su época, se refiere a un pueblo que interesa al avatar de sus personajes, apenas vá más allá de la simple referencia nominal y algún que otro dato ceñidísimo a la circunstancia de sus agonistas. Ni le interesa, como objeto determinante, el paisaje rústico; ni

le importa el urbano. Las influencias de lo telúrico en el hombre no habían sido todavía descubiertas por la literatura. A Cervantes, como ya han demostrado con atosigante frecuencia quienes quisieron trazar con reglas y compases el itinerario de Don Quijote, no le preocupaban las distancias aproximadas entre los pueblos que recorrió, que si un día las supo, olvidólas al escribir, no embarazándole las inexactitudes ni yerros de leguas, en cuanto sobre sus espacios decía. Cuantos detalles observó en los pueblos manchegos, en su ir y venir como al caballero, le serían útiles para sus privadas especulaciones, pero las calló en las públicas. Y mucho debía haber en ellos digno de atención que, de contarlos, hubiera resultado de valor apreciable para nosotros; pero prefirió llevar a sus papeles la metafísica, dejando el pormenor fuera de letras.

¿Cuál fué la idea quintaesenciada que de nuestros pueblos manchegos extrajo Cervantes? Aunque implícita, bien clara está en El Quijote.

Para Cervantes nuestros pueblos eran estrechas aldeas rústicas, pobladas por gentes sencillas, humildes y socarronas, que apenas levantaban su atención de lo que no fuesen sembradíos, pegujales, caza, pollinos y galgos. Tierras antiheroicas en las que, si por raro acaso se encontraba un cura leído o un poeta pasable, como don Diego, era entre muchas gentes simplicísimas e ignorantes... o socarronas como el barbero, el Bachiller Sansón Carrasco,

etcétera. Tierras de pan llevar, en las que no aparece ni una persona de gran calidad social, ni intelectual, ni mística, ni guerrera; ni un gran monumento arquitectónico, ni todo aquello que no fuese pequeño y rústico, para mejor despegar así la grandeza de su héroe, tan atosigado por altos pensamientos e impulsos generosos. Ni una calle, ni una plaza, ni una casa, salvo la del Caballero del Verde Gabán, nos reseña Cervantes en su obra. Si acaso se queda en la monda referencia de alguna parte: La Iglesia del Toboso, las bardas del corral de Don Quijote, el desván de la misma casa..., etc. Pueblos silentes, tranquilos, sumidos en el monótono pulso del morir de cada día.

Cuando Don Quijote y Sancho llegan al Toboso, en plena noche, no se oye otra cosa que el ladrar de perros, el rebuzno de un jumento, gruñir de puercos, mayar de gatos... etcétera. Casi antes de amanecer, un labrador va calle abajo con sus mulas y el arado arrastrando sobre el suelo. No canta este labrador seguidillas, sino un romance carolingio: «Mala la hubisteis, franceses...»; luego, unas labradoras sobre pollinas. Al dedicarse Cervantes a estas enjutas referencias, a la circunstancia de su personaje, ¡qué lejos está de enumerar el detalle por simple complacencia estética! Al Toboso vá Don Quijote henchido de ilusión, dulcemente conturbado de inefable temblor amoroso, ante la esperanza de ver a su invisible y ensoñada Dulcinea. Don Quijote va propicio a toda maravilla, a toda fantasía;

y entonces, Cervantes, siguiendo la mecánica elusiva que ya hemos anotado, se fuerza en presentarle el escenario lo más contrario posible a estos anhelos. Por eso, en la noche de espera, para Don Quijote cuajada de la más estremecida esperanza, le hace oír los más villanos ruidos. Para el toque ambiental hubiérale bastado al autor con apuntar el ladrido de un perro; sin embargo recarga la mano haciéndole oír los ruidos de todos los animales que en el pueblo había; pónole ante los ojos gañanes que cantan romances vulgares; labradoras, sobre pollinos...

El juego constante de Cervantes es alejar el encanto de los ojos de Don Quijote; porque encanto sobranete lleva él en su alma para hacerle contrapartida a cuantos rústicos se pongan delante, a cuantas vulgaridades le salgan al paso.

Y cuando el autor, por fin, parece decidido a describir una casa, como parece al tratar de la del Caballero del Verde Gabán, pronto hace punto a su iniciada narración con aquellas frases ya apuntadas: «Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de don Diego... pero al traductor de esta historia le pareció oportuno pasar estos y otros pormenores en silencio...», etc. De todas formas, algo dice, aunque breve. Veamos: Lo primero que nota Don Quijote en esta casa es que hay en ella un grandísimo silencio. Todo es paz y sosiego en ella. Dice: «Halló Don Quijote ser la casa de Don Diego Miranda, ancha como de aldea; las armas, empero, aunque de

piedra toscá, encima de la puerta de la calle, la bodega en el patio, la cueva en el portal y muchas tinajas a la redonda que por ser del Toboso...», etc.

Por esta breve y fragmentaria señal que nos dá el autor de lo que solía ser la casa de un manchego rico, puede decirse, que en las líneas generales, no difería mucho de las casas de los labradores ricos de hoy, por aquello de la bodeguilla en el patio, la cueva en el portal y las muchas tinajas en torno.

Al final del libro, con el acabamiento de las aventuras de Don Quijote, cesa el mecanismo de buscar contrastes grotescos y cuanto se dice, cobra equilibrio de planos y aplomo. Desde la cima de una cuesta, Sancho ve su aldea y se arrochilla, dando gracias a Dios por haberle concedido el verla de nuevo. Se aproximan y la rústica y plácida realidad del pueblo se nos presenta sin intenciones de trueque. En una era ven jugar a unos muchachos; más allá, en un pradecillo, el señor cura y el bachiller rezan sus horas. Entran en el pueblo. En la puerta de la calle los aguarda el ama y la sobrina de Don Quijote, ya enteradas por algún muchacho de la vuelta de su señor y escudero. A la espalda de Don Quijote se cierra por última vez la puerta de su casa. Todo ha terminado: el mundo cobra su cansino equilibrio, lejos ya de la quiromántica imaginación de Don Quijote. Y ya en la paz de las estancias del caserón, el ama dá a su señor don Alonso aquel magistral consejo que el doctor Thebusen ha-

ría grabar en oro dos siglos más tarde: «Estése en su casa, atienda su hacienda, confíese a menudo, favorezca a los pobres y sobre mi ánima si mal le fuere».

Encierran estas palabras tal sosiego, tan dulce resignación cristiana para sobrellevar «esta vida que es camino»... un equilibrio tan perfecto entre lo terrenal y espiritual: casa y hacienda, frente a limosna y confesión; un cristianismo tan cristalino, en fin, que, entre otras muchas cosas, sugieren la reconciliación del mismo Cervantes con el lugar de la Mancha, rústico y primitivo, que por burla eligió para cuna de su caballero... Porque ¿quién nos dice que el omitir el nombre del lugar o el no querérselo poner, conformándose con el amplio nombre de la región, no fué por esta intención burlesca que le guiaba? ¿No podría sentirse herido el pueblo? Sin duda prefirió Cervantes no ofender a nadie.

2.ª PARTE

COSAS Y TIPOS DEL CAMINO

LAS VENTAS

Dijimos que la Mancha que nos deja traslucir el Quijote es una Mancha anclante, es una Mancha vista al paso. Don Quijote camina y descamina, incansable, por una geografía sorda y ciega, por una geografía casi no nombrada, ya que cuando cuaja el nombre de un pueblo es tan oscuramente, tan sin referencia a sus circunstancias, que

puede decirse que Don Quijote vá y viene por unos lugares que no pueden ser comprendidos por otro nombre que el genérico de Mancha a secas.

Por ello, el casi escenario de Don Quijote, es el camino, con sus caminantes y ventas, únicas estadias para el peregrino de aquel tiempo.

En la construcción de esta novela, la venta además de ser casi el único parador de sus criaturas, es el comodín donde a su gusto Cervantes, junta y enfrenta y separa a los más y mejores de sus personajes. Le sirven para las escenas de multitud y para desatar los nudos de las noveñitas inmersas en la obra; así como para exprimir hasta el máximo determinadas peripecias de sus personajes, logrando, en acumulaciones prodigiosas, a veces varias soluciones simultáneas. Aquellos agonistas como Ginesillo de Pasamonte, que tantas veces vemos cruzarse en el camino de nuestro caballero, vienen a concluir su personalidad y peripecia en el mayor reposo de la Venta, sobria república, donde se igualaban, en condición y sufrimiento, el bajo arriero y el altísimo oidor, la doncella de noble cuna y la maritornes concupiscente. Aquellos que en el camino, por la cantidad de sus servidores y por la riqueza de sus caballerías y arreos, vimos perfectamente jerarquizados, se allanan y equiparan ante el común y desabrido yantar de la venta, sobre las mismas enjalmas desalmadas y entre las generales incomodidades.

Las ventas de nuestros siglos XVI

y XVII estaban tan rematadamente desasistidas de todo acogimiento y comodidad, que merecieron los más sarcásticos dicterios de nuestros escritores. Pero las ventas de La Mancha, las ventas de estas tierras pobres y rústicas, debían ganar por la mano a todas las del reino... o al menos tan así, tan peyorativamente nos las presenta Cervantes, que con dificultad puede pensarse que en otras partes las hubiera peores.

A fuerza de sacar de uno y otro lado palabras sueltas al respecto, creo haber conseguido una idea bastante aproximada de cómo era una venta manchega de entonces, siempre según Cervantes.

La Venta que más frecuentó Don Quijote, aquella en la que Cervantes concentró el máximo de peripecias y de conflictos, era así, poco más o menos: El edificio era pequeño, especie de quintería de hoy, cuya única luz del campo recibíala por el menguado agujero del pajar; aquel por donde atara la traviesa Maritornes a nuestro alucinado caballero. Al entrar en la casa se encontraba uno con el gran zaguán, que hacía de cocina y de comedor. En ella estaba la lumbre y una mesa grande donde comían todos los huéspedes. A un patizuelo que había luego, asomaban las puertas de los tres o cuatro cuartos de dormir que había en toda la posada. En el patio, el pozo y la pila para abrevar el ganado. La planta alta de la casa era el sobrado o camarón, donde el ventero guardaba pellejos de vino, sacos de cereales y, en los casos de gran concurrencia, camastros mal compues-

tos. En la parte trasera del corral estaban las cuadras y el pajar.

Aunque la misión específica de estas ventas era el dar de comer y dormir a los caminantes, sus camas eran pocas, sutiles de colchón y mal guarnecidas de cobertores. Las comidas, tan rústicas y escasas, que en los días de vigilia, reducían su bastimento a pan sentado, queso reseco y bacalao o truchuela, como se decía entonces.

La pobreza y roñosería de los venteros, amén de las dificultades de comunicación, impedían todo abastecimiento aceptable.

Los venteros, que no era raro que fueran encubiertamente de la Santa Hermandad, solían ser socarrones, amigos de lo ajeno; zalameros y blandengues con el adinerao, a la vez que escurridizos y malhumorados con el pobre. Las mozas que solían servir en estas ventas, por su condición de estar siempre entre solicitudes de arrieros y rastrapajas, era frecuente que se excediesen en lo de atender a los huéspedes fuera de horas, según los testimonios del mismo Cervantes y de cuantos escritores españoles de aquellas calendas tocaron el tema de las ventas.

Estos aislados establecimientos, dentro de la adustez de su condición, eran un elocuente reflejo social de la época. En ellas, el triste y monótono pasar de los días; pero también y en muchas ocasiones, la juega y la bulla, las burlas y la penencia, las querellas de amor y los crímenes.

Y a propósito, he pensado muchas veces — y perdonad el inciso —

que en el Quijote no hay crímenes, ni siquiera muertes naturales, a no ser aquella del pastor Crisóstomo que muriera de dulce e insatisfecho amor. Es la humanidad que pulula por esta novela tan suave y bonachona, que, si alguno de los individuos obra mal, es de manera muy episódica, para concluir todos con las mayores concesiones cordiales, el perdón y el refrendo y una evangélica justicia distributiva. Todo ello, presidido por la bondad casi sobrehumana y mesiánica de Don Quijote y la ternura de corazón de Sancho, dan al conjunto de la obra ese pulso tranquilo, tan remansado, tan amigo del corazón y el noble regocijo.

Como decía, las ventas eran lugares propicios para el cuento y la conseja, para la narración de sucesos peregrinos, de memorias militares de la España que ya comenzaba a mirar hacia la ladera de su historia, de sabias narraciones amorosas, tan pagadas de aquel amor platónico que todavía ilustraba los corazones del XVII. Las ventas eran posadas de titiriteros y juglares de romances, de arrieros moriscos, de aventureros del ducado y de la idea que bajaban hacia Andalucía buscando el Atlántico y, tras él, las Indias redentoras del ensueño y de la miseria; eran estadía de frailes limosneros, de visorreyes que iban al Perú y a Méjico; de peregrinos, de cuadrilleros. Allí, en fin, en las noches del invierno, mientras el frío pugnaba en las puertas y ventanas, a la par de la lumbre, algún bachiller por Osuna o por Almagro leía a

los huéspedes, las páginas encendidas de una novela de caballerías, o la narración untuosamente erótica de una novela pastoril. Allí, en las cálidas noches del estío, en la puerta y bajo la luz de la luna, un zagalón punteaba la guitarra cantando romances fronterizos o carolingios.

Y dejando atrás las ventas y siguiendo siempre el poivorientado camino de Don Quijote, sobre los alcóres de Consuegra y de Criptana, los molinos de viento tan recientes en España, entonces. Y al filo del enjuto Guadiana, las Lagunas de Ruidera, que dejan dormir sobre su lecho verde el reflejo de los picachos y montecillos sanguinolentos que las circundan; los batanes machacando la noche entre juncos y compuertas, y allá, escondida entonces y ahora, junto al legendario castillo de Roca Frída, la sima mitológica, de esa incomprensible mitología carolingia, la Cueva de Montesinos.

Todo en la Mancha es tan sutil y evanescente, todo tan entrecruzado de varias identidades, que siempre se nos escapa, como ante los buenos poemas, la verdadera raíz de su virtud. Viene esto a cuenta de la recién nombrada Cueva de Montesinos. Cueva insignificante donde las haya, por su estructura y falta de pintoresquismos, pero ¡qué cuajada de impalpables, sublimadas y hasta humorísticas leyendas carolingias y bretonas que acuden a ese insignificante y recóndito agujero, dando lugar a que lleve el nombre del Par de Francia, Montesinos; a que junto a él hubiese el castillo de Roca

Frida, cuya manchega castellana se enamora «de oídas que no de vistas» del renombrado guerrero de la Corte de Carlo Magno. Cervantes, ya un poco de vuelta del mundo de los romances, como dice Menéndez Pidal al afirmar la apoyatura de la primera parte del Quijote en el «Entremés de romances», hace, en el seno de la Cueva de Montesinos y a través de los párpados del hidalgo, aquella divertida parodia cuyos agonistas son los mismos que viésemos casi divinos en la Chanson de Rolán. ¿Por dónde llegó la mitología carolingia hasta el agujero que hoy llamamos de Montesinos? No lo sabemos, pero, ciertamente, la cosa no fué baladí, ya que en Argamasilla de Alba todavía quedan apellidos tan ceñidos al Emperador de los galos, como son los de Montalbán y Lanzarote.

Pero dejemos de hablar de los lugares manchegos que asoman en el Quijote y pasemos los ojos aunque muy someramente sobre los tipos manchegos o no, que frecuentan los itinerarios de nuestra región a través de la pluma de Cervantes.

LOS TIPOS

Lo que sí atraía la atención de Cervantes eran los hombres; y no solamente los hombres con anécdota, como podía esperarse de un novelista del siglo XVII, sino algo mucho más moderno: los hombres pasajeros; los hombres cuya presencia en el libro solamente está justificada, como leve figura de fondo en alguna escena abigarrada. En su

constante caminar y posar en ventanillas, Don Quijote se cruza y para con una colección bastante grande de los tipos más perfilados de la época. Cervantes suma en esta novela sus muchas experiencias de caminante, anotando cuantas quedaron en su memoria con más persistencia, a través de sus avatares de alcabaleiro, sin olvidar todavía, como puede apreciarse fácilmente, algunos otros tipos de su triste mocedad argelina: amén de ciertos substratos de sus lecturas de novelas italianas y pastoriles, ya que lo pastoril tan afinadamente estaba adherido a la sensibilidad cervantina.

Estos tipos y situaciones camineiras, que pasan bastante inadvertidos para el lector que sigue el eje de la novela, cuando de ella se aislan, cobran un extraño relieve, con preciosos datos de época y como cuadros plásticos con propio valor literario.

La mayor copia de tipos quiijotiles y los más frecuentes, los encuentra Cervantes en su ir y venir hacia Andalucía, desde Toledo, por el camino Real que cruzaba la Mancha hacia el sur y hacia Levante. Así, nos habla de mercaderes toledanos que van a comprar seda a Murcia; de perales de Segovia. Comerciantes sevillanos, cordobeses, de Alcobendas y Baeza, entonces ciudad famosa. Estos traficantes, caballeros en mulas, eran ellos mismos transportistas de sus mercancías y procuraban pasar las muchas horas y aún días de su enojoso caminar, entre burlas y conversaciones sabrosas con otros caminantes.

No siempre son mercaderes lo que

encuentra Cervantes. En cierta ocasión vé irse dibujando poco a poco entre las leves nubes de polvo del camino, un grupo de clérigos, mercenarios para más exactitud, que venían acomodados sobre unas mulas muy pequeñas, que Cervantes llamó «dromedarios». Iban aquellos clérigos provistos de vistosos quitasoles o sombrillas para guardarse del sol; con grandes antojeras o gafas para evitar el polvo. Ante Don Quijote pasaron muellemente movidos por el paso breve de sus breves mulas, arrebujados entre sus largas ropas talares, meciendo levemente las sombrillas, apoyadas en el hombro, al ritmo de la andadura.

Otra vez, quien ve Cervantes por estos caminos terragosos de la Mancha, es a una dama muy principal, muy bien embozada, vestida de blanco, sentada sobre su cabalgadura en una jamuga. Traía de escolta cuatro hombres a caballo montados a la jineta, armados con lanzas y adargas y dos mozos de a pie.

Todavía ve Don Quijote otra señora más importante, a juzgar por el lujo de viajar en coche. Era una dama vizcaina. Su carroza va rodeada de fuerte escolta. Va a Sevilla para unirse allí con su marido y ambos embarcarse hacia las Indias donde él ocupará un honroso cargo, seguramente el de Visorrey.

Los viajeros de menos viso van sobre mulas de alquiler, mulas que llevan del diestro sus mozos, que como es sabido formaban la picaresca más de aguafuerte de los caminos y las ventas de aquella España. Los labradores van sobre burros; los caba-

lleros y gente de cierto porte, a caballo.

Encuentro muy singular es el de los galeotes. Son forzados encadenados. Cuerda de presos conducidos desde el interior a un puerto de mar. Los conductores son soldados a caballo, armados con espadas y arcabuces. Entre nubes de polvo, lentamente, arrastrando los pies, van por el reseco camino estival. Entre bromas sangrientas y maldiciones, avanzan sobre el suelo blanquecino ensartados por la cadena que se marca en el polvo blanco y tintinea contra las piedras. De vez en cuando restalla un látigo, relincha un caballo sediento y el guarda más joven y enamorado, canta entre dientes un romance morisco.

Los arrieros eran en su mayoría moriscos, ya que este oficio trashumante se prestaba muy bien para disimular su falsa conversión al catolicismo. A la cabeza de sus recuas iban y venían por todas las sendas de España: llevando cueros de aceite hacia el norte, mantas y paños hacia el sur. Eran estos los dueños del camino y de las ventas, huidizos de la Santa Hermandad y amigos de todos los marchantes y labradores ricos de las comarcas que frecuentaban.

A veces, en el camino o en la venta, aparece un morisco rico, no arriero, vestido a la usanza árabe, acompañado de mujeres embozadas y sumisas. Son los últimos rescoldos de la España árabe que pronto liquidaría Felipe III.

No es raro encontrar un entierro, mejor dicho el traslado de un cuer-

po muerto de uno a otro lugar. La necrofilia española del barroco, tan obsesionante y pintoresca, no suele gustar dar reposo definitivo a los huesos del que fué hombre importante por sus hechos de armas o santa virtud. Más de una vez han reñido bandos de vecinos de dos pueblos discutiéndose el derecho de albergar el cadáver, que sobre las parihuelas quedó abandonado en medio del camino, mientras los hachones rodaban por el suelo y las armas chocaban contra las armas y contra las rodela. En la oscuridad de la noche avanza el cortejo fúnebre entre dos hileras de cirios, entre latines mascullados monótonamente, entre el revolver gordo de los murciélagos que se aturden con las luces de la cera.

Como los lugares son pequeños, a lo mejor tienen un barbero para cada dos o tres de ellos: por esto no es raro encontrarse por el camino a un señor rapista, para guardarse del sol o del chispeo de la lluvia, se ha tocado con la bacía y con ella viene sobre su asno, la alforja en el arzón, y en ella sus herramientas de sangrar y de apeaar barbas, cuando no la guitarra para quitar pesares en alguna boda o jolgorio.

Los ganados trashumantes, trazando una nube de polvo que diametra la llanura, buscan nuevos pastos, seguidos de sus pastores con zurrones de piel, monteras, altas cayadas y mastines con feroces carlanças.

Casi inmóviles en su leve andar, las carretas de bueyes, chirriando, llevan árboles o grano para el rey... o quizás un león.

Si el verano está entrando, no resulta raro el ver grupos de estudiantes sobre mulas de alquiler o a pie que vienen de Salamanca, de Alcalá o de alguna de las pequeñas universidades llamadas de «tibi quoque» como la que fué de Almagro o de Baeza. Son gente alegre y voceadora a la que no falta bota de vino y guitarra. Con los jubones desabrochados por el calor y la capa sobre el arzón, marcan la baraja para la próxima venta o entablan cháchara con todo el que se les cruza o alcanza.

Y así, entre las líneas del Quijote, un poco al bordillo de la gesta conmovedora del héroe, rebulle esta re-

pública humana de nuestro siglo XVII, fatigando los interminables caminos de la Mancha y pasando sus traspasadas en las desacomodadas ventas ibéricas. Es el mundo de los que fueron y pasaron por nuestro solar, el mundo al que le cupo la suerte de ser retratado por el primer novelista de toda la civilización occidental, el mundo que nosotros representamos en esta cronología del novecientos y que nos toca honrar y enaltecer con nuestro ejemplo, laboriosidad y desinterés, sin dejar de pedir a nuestro señor Don Quijote, como lo hacía el gran Rubén Darío en estos versos con los que concluyo:

¡ Ruega por nosotros, hambrientos de vida,
con el alma a tientas, con la fe perdida,
lentos de congoja y faltos de sol,
por advenedizas almas de manga ancha,
que ridiculizan el ser de la Mancha,
el ser generoso y el ser español !

